

Globethics Repository



El desarrollo como categoría política [The development as a political category]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Madoery, Oscar
Publisher	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-15 03:40:02
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154641

El desarrollo como categoría política

Oscar Madoery

Resumen

El artículo revisa el concepto de desarrollo desde una interpretación política. El objetivo es cuestionar algunas concepciones predominantes sobre el tema y destacar cómo América Latina ha logrado conformar un pensamiento propio, abierto y en permanente superación, acerca del desarrollo. Una perspectiva situada, pensada desde la realidad regional y un enfoque amplio, que evita reducir el desafío del desarrollo a una sola dimensión de lo real generando, de ese modo, valiosos aportes para la interpretación y la transformación de la realidad regional.

Abstract

The article reviews the concept of development from a political interpretation. The objective is to inquiry some predominant conceptions on the issue and highlight how Latin America could shape a proper, open thought and in permanent improvement, about the development. A situated, perspective, thought from the regional reality with a comprehensive approach, which avoids reducing the challenge of development to a single dimension of the real generating, thus, valuable contributions to the interpretation and the transformation of the regional reality.

CyE

Año IV
Nº 7
Primer
Semestre
2012

Oscar Madoery

Politólogo. Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesor e investigador de la Universidad Nacional de Rosario. Director del Centro de Estudios Desarrollo y Territorio, UNSAM-UNR de Argentina. Coordinador de la Red de Desarrollo Territorial y Empleo de América Latina y el Caribe.

Political scientist. PhD in Social Science by Universidad de Buenos Aires (UBA). Professor and researcher at the Universidad Nacional de Rosario. Director of the Studies Centre Desarrollo y Territorio, UNSAM-UNR, Argentina. Coordinator of the Territorial and Employment Development Net of Latin America and the Caribbean.

Palabras clave

- 1| América Latina y Caribe 2| Política 3| Matriz de desarrollo 4| Asimilación
5| Desprendimiento

Keywords

- 1| Latin America and the Caribbean 2| Politic 3| Development matrix 4| Assimilation
5| Detachment or release

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

MADOERY, Oscar. El desarrollo como categoría política. *Crítica y Emancipación*, (7): 59-83, primer semestre de 2012.

El desarrollo como categoría política

CyE
Año IV
Nº 7
Primer
Semestre
2012

*La economía moderna es dirigida.
O la dirige el Estado o la dirigen los
poderes económicos. Estamos en un
mundo económicamente organizado por
medidas políticas, y el que no organiza su
economía políticamente es una víctima.*

Arturo Jauretche

Introducción

América Latina está transitando una época singular. El siglo XXI comienza con fuertes cambios políticos, institucionales, económicos, sociales y culturales en diferentes países. La creación de la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), las reformas constitucionales en Venezuela, Ecuador y Bolivia, las estrategias inclusivas en Brasil y Argentina, la política de derechos humanos integrales, la recuperada voz de los pueblos originarios, las luchas ambientales, así como numerosas experiencias locales y de movimientos sociales, dan cuenta de la búsqueda de respuestas desde una identidad, una historia y una necesidad.

Este tiempo histórico es considerado como una nueva oportunidad para el desarrollo de la región y pone en debate tanto los alcances prácticos de las diferentes experiencias, como los fundamentos teóricos sobre los que se apoyan. Más aún, interroga la categoría misma de desarrollo en cuanto a su vigencia, ya que históricamente los resultados por modificar los desequilibrios, ausencias y contradicciones de la región han sido dispares, cuando no exiguos. Sin embargo, se trata de una idea defendida por (casi) todos: desde posiciones de izquierda como de derecha, con contenidos diferentes pero orientando programas de gestión y conformando discursos públicos recurrentes.

El desarrollo es una idea de raíz económica, cuyos alcances y limitaciones le fueron agregando adjetivos que ampliaron su perspectiva, en la búsqueda de una mejor definición de su significado. Ha

sido analizado en relación con sus objetivos (crecimiento sostenido, expansión de las libertades, bienestar social, competitividad sistémica, sustentabilidad ambiental), con sus dimensiones (económico, institucional, social, ambiental, humano), con sus territorios (nacional, regional, local, urbano, rural), expandiendo notablemente su entendimiento. También es un concepto que se encuentra incorporado en el imaginario social de un modo pleno de connotaciones positivas: se lo identifica con crecimiento, cambio, oportunidades, bienestar, esperanza, calidad de vida. ¿Todo cabe dentro del recipiente conceptual del desarrollo? ¿Qué es, en definitiva, el desarrollo? ¿Sigue siendo una idea pertinente para la transformación social en América Latina?

Para responder a esos interrogantes es necesario recuperar el valor de una tradición de pensamiento crítico surgido en la región, que se encuentra en diálogo con otros proyectos intelectuales provenientes de otras latitudes, que emerge en diferentes coyunturas y contextos, pero que mantiene como eje común una polémica con las teorías reduccionistas del desarrollo.

En efecto, desde mediados del siglo XX tuvieron lugar en América Latina y el Caribe significativas contribuciones como el centro-periferia (Raúl Prebisch); la teoría de la dependencia (Theotonio Dos Santos, Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto, Osvaldo Sunkel y Pedro Paz); el pensamiento nacional-popular que, inspirado en la revolución mexicana, se plasma en la obra de Raúl Haya de la Torre en Perú o Arturo Jauretche en Argentina; la filosofía de la liberación (Enrique Dussel); la pedagogía de la liberación (Paulo Freire); la teología de la liberación (Gustavo Gutiérrez); los análisis sobre marginalidad social (José Nun); el desarrollo a escala humana (Manfred Max Neef, Martín Hopenhayn, Antonio Elizalde); el saber ambiental (Enrique Leff); el posdesarrollo (Arturo Escobar); el Buen Vivir (Patricio Carpio, Eduardo Gudynas); o el pensamiento decolonial (Walter Mignolo, Aníbal Quijano, Ramón Grosfoguel).

El presente texto identifica aquellos aspectos distintivos presentes en esa reflexión regional. No se trata de efectuar una historia de las ideas latinoamericanas sobre el desarrollo, sino de resaltar sus identidades, diferenciaciones y rupturas. En todas esas contribuciones se reconoce que, si bien el desarrollo tiene origen moderno e identidad capitalista, desde un pensar situado en la región, se ofrecen alternativas que ponen la mirada en el conjunto de procesos sociales, en las relaciones desiguales de poder, en la explotación social, en los condicionamientos estructurales, institucionales y culturales para el bienestar de los pueblos, y en las formas de interpretar y transformar la realidad desde la región.

La hipótesis que guía el trabajo es que el pensamiento latinoamericano cuestiona las bases epistemológicas del desarrollo al poner el foco en las relaciones de poder histórica y actualmente imperantes. Lo saca de su reducto económico y lo coloca en el amplio terreno de los procesos sociales. Convierte al desarrollo en una categoría política.

Este quiebre permite reconocer que el problema del desarrollo latinoamericano no es de contenidos (más conservadores o más reformistas) de un único camino modernizador, como las interpretaciones dominantes de raíz neoliberal han establecido. Tampoco de encontrar el adjetivo más adecuado (humano, sustentable, integral) que

***El progreso fue interpretado como
un proceso lineal en el tiempo, de
avance constante hacia un horizonte
de modernización y satisfacción de
necesidades crecientes, fundado en
la racionalidad de los actores.***

refleje de manera precisa su alcance, como se propone en foros internacionales y académicos; y mucho menos de adoptar criterios técnicos que hagan efectivas las políticas de cambio estructural, como plantea una tecnocracia de orientación global. De lo que se trata es de impulsar una disputa por el sentido mismo del desarrollo, dando cuenta de sus tensiones constitutivas.

La importancia de la crítica latinoamericana radica en que permite visualizar y cotejar dos matrices dentro de las que se inscriben las diferentes teorías del desarrollo: una tradicional de base económica y otra alternativa de base política, que se distinguen por el grado de aceptación o rechazo a los criterios del capitalismo global y por el tipo de interpretación respecto de las relaciones de poder en la región. Con primacía económica, el objetivo es la acumulación de capital y recursos materiales, ya que el crecimiento económico es entendido como precondición del bienestar social. Lleva implícita una postura celebratoria de las ideas modernas e intentos de asimilación por parte de las sociedades latinoamericanas al modelo idealizado y convergente de sociedad avanzada. Con primacía política, se parte de cuestionar las relaciones de poder históricas y actuales de las sociedades latinoamericanas, por lo tanto, la prioridad es la construcción de hegemonías político-culturales que permitan desprender las sociedades latinoamericanas

del camino único globalizador. Lleva implícita la recuperación de la idea de transformación autónoma e integrada de nuestras sociedades, dentro de un pluri-verso de opciones de bienestar social.

El artículo intenta dar cuenta de ese debate y de las consecuencias en el actual contexto histórico, ya que las políticas de desarrollo que se están implementando en la región desde los Estados centrales, desde los territorios subnacionales y a escala local, a través de la movilización de actores diversos, suelen combinar impulsos de integración a las lógicas sistémicas globales con prácticas fundadas en otros principios. En primer lugar se resaltan algunos de los principales aportes del pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo. Luego se exponen las particularidades y las diferencias entre una concepción de primacía económica y otra de primacía política sobre el desarrollo, y en un tercer momento se destacan algunos alcances de la práctica de desarrollo actual. Las consideraciones finales remarcan la necesidad del *pensar desde* la región para contribuir a su transformación.

El pensar situado

La modernidad, en términos históricos, fue configurando una serie de ejes centrales respecto del significado del desarrollo. Básicamente, el concepto clave es que representa progreso económico de una sociedad, medido en términos de crecimiento del producto interno bruto (PIB) y de diversificación de sus estructuras productivas.

El progreso fue interpretado como un proceso lineal en el tiempo, de avance constante hacia un horizonte de modernización y satisfacción de necesidades crecientes, fundado en la racionalidad de los actores. Ello no implica una lectura ingenua respecto de la no presencia de dificultades en ese transitar, sino que la capacidad racional de los hombres ofrece la posibilidad de encontrar respuestas que permitan derribar los obstáculos que se van presentando en las sociedades. Si este principio es aceptado y avalado como una lógica universal, la cuestión del desarrollo pasa a un plano técnico, como un asunto propio de profesionales capaces de ir monitoreando y gestionando las variables económicas del proceso y propio también de usinas de conocimiento que elaboran recetas para replicar modelos en diferentes geografías.

Paulatinamente, una versión limitada y sesgada del proceso de desarrollo fue ocupando el lugar de relato predominante, donde se asume que el comportamiento económico de los actores puede ser analizado prescindiendo del contexto histórico, social, cultural e institucional donde estos se desenvuelven. La economía se erige como la estructura fundacional de la modernidad y el capital asume la domesticación de todas las relaciones sociales y simbólicas en términos

de códigos de producción. De este modo, la actividad política deja de representar un componente indispensable en la configuración de ese orden social y la combinación de reduccionismo economicista y el racionalismo universalista estandariza las sociedades y propone un único camino del desarrollo.

Ante esa postura surgieron a lo largo del tiempo numerosas reacciones, caracterizadas por centrarse en las sociedades y los hombres antes que en los mercados y los factores productivos. Desde enfoques institucionales, que entienden al desarrollo en función del marco de constricciones e incentivos predominantes en una sociedad, como desde interpretaciones culturales que explican el desarrollo a partir de los valores predominantes y el capital social de una sociedad, se coincide en cuestionar la preponderancia de lo económico sobre otras dimensiones de la realidad social.

Aquí se produce una primera tensión epistemológica en la concepción del desarrollo, provocada por el pensamiento occidental en general, que abre el camino a la incorporación de nuevos ingredientes que permiten comprender las razones de los diferentes desempeños de las sociedades: lo económico, lo social, lo institucional, lo cultural, lo ambiental, lo subjetivo pasan a ser dimensiones explicativas y entrelazadas. En esa lógica, el Índice de Desarrollo Humano, al combinar calidad de vida, longevidad y educación, desplaza al PIB per cápita como indicador de desarrollo. Va tomando forma una idea que sostiene que a una lógica económica, heredera de la razón instrumental que impregna la cultura moderna, es preciso oponer una ética del bienestar (Klikberg, 2006). En ese principio se funda el desarrollo humano, como movimiento global, que puede entenderse entonces como la expansión de las capacidades de las personas y la ampliación de las alternativas de vida entre las que pueden optar.

Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn (1986) proponen la generación de autodependencia, como la forma en la cual las personas perciben sus propios potenciales y capacidades, para incentivar la participación y la creatividad a través del protagonismo en los distintos espacios y ámbitos de actuación. Ello permite impulsar procesos de desarrollo con efectos sinérgicos en la satisfacción de dichas necesidades, apuntando hacia una necesaria profundización democrática.

Por su parte, una lógica posmoderna propone contemplar la “conciencia de las diferencias”, recurrir a los dialectos de manera de evitar quedar atrapado por el sesgo universalista de los grandes relatos. A la importancia del gobierno, las mayorías electorales y los equilibrios macroeconómicos del PIB y de los ingresos monetarios promedio en las sociedades, se le suman preocupaciones en torno a la calidad de vida, la

participación en la sociedad, la posibilidad de elegir los propios estilos de vida, la libertad de expresarse, el respeto a los derechos, la educación, la igualdad de oportunidades, la equivalencia en dignidad, el papel de la juventud y el de la mujer, la seguridad ciudadana y la vida en las ciudades. Ello provoca incrementos en la capacidad para optar y crear identidades en sociedades complejas, avance del conocimiento y cambios profundos en la subjetividad de las personas (Tomassini, 2000: 63).

También desde la preocupación por la sustentabilidad del desarrollo se cuestiona que la eficiencia económica sea anterior y pre-
valeciente sobre la equidad social y el equilibrio ambiental, sino que se trata de tres procesos simultáneos, difíciles de compatibilizar, pero igualmente constitutivos de una totalidad.

Todas ellas son interpretaciones que centran la mirada en las sociedades, en los sujetos y sus capacidades y no sólo en los mercados y sus lógicas. El desarrollo pasa a ser entendido como un proceso de construcción social complejo, responsabilidad de los actores personales y colectivos de una sociedad que, a través de acuerdos, instrumentos y estrategias, contribuyen a la gobernación del proceso y a su sostenimiento en el tiempo. En ese marco, no sólo los procesos económico-sociales y laborales, sino también los jurídico-institucionales y los culturales-simbólicos, son considerados como dinámicas productoras de sociedad. Son campos concomitantes, ya que toda sociedad funciona con algún tipo de organización social, algún tipo de reproducción social y algún tipo de regulación social (Madoery, 2008). Se reconoce, además, que esos procesos están atravesados por relaciones de poder entre sujetos con diversidad de inserción en la trama social, con particular interpretación de los fenómenos emergentes e históricos y con diferente incidencia sobre la realidad social. De tal modo que entre los actores sociales se generan dinámicas colaborativas y/o cooperativas y/o competitivas y/o conflictivas entre sí.

Sin embargo, en ese camino poco se dice de las relaciones de fuerzas históricas y actuales que se establecen entre países, instituciones, clases, etnias, grupos y/o comunidades. Poco se dice de la dominación/explotación y la heterogeneidad propia del pasado y el presente latinoamericanos. Poco se dice respecto a que las desigualdades latinoamericanas obedecen a injusticias históricas y no a destinos inapelables. Aquí es donde resulta necesario recuperar el valor de toda una tradición de pensamiento crítico y de fronteras (Mignolo, 2010), que ofrece otra manera de enfocar el tema del desarrollo.

Históricamente, el pensamiento latinoamericano y caribeño ha cuestionado la posibilidad de desarrollo en la región de acuerdo a los parámetros occidentales, modernos, capitalistas, señalando

asimetrías y ofreciendo alternativas para entender la realidad regional y sus posibilidades de transformación. Los principales ejemplos se encuentran en el estructuralismo periférico, el liberacionismo nacional-popular, el pensamiento decolonial y la alternativa del Buen Vivir.

El primero surge a partir de los aportes de Prebisch en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y luego fue profundizado en la teoría de la dependencia. Esta corriente muestra al capitalismo como un sistema mundial de intercambio desigual, diferenciado en “centro” y “periferia”. Dussel (2005) encuentra allí una ruptura histórica, ya que el mundo metropolitano y colonial,

Históricamente, el pensamiento latinoamericano y caribeño ha cuestionado la posibilidad de desarrollo en la región de acuerdo a los parámetros occidentales, modernos, capitalistas, señalando asimetrías y ofreciendo alternativas.

al ser categorizado como centro y periferia, modifica la geografía del conocimiento. América Latina deja de representar un campo susceptible de ser analizado solamente desde la ciencia occidental para pasar a ser también una localización del análisis en sí mismo, es decir, un ámbito capaz de generar conocimiento propio en sus diversas realidades locales (Mignolo, 2010).

La teoría de la dependencia hace eje en la noción de heterogeneidad histórico-estructural de las sociedades latinoamericanas y postula que la polaridad propia del pensamiento modernizador entre sociedad tradicional y sociedad moderna es de poco valor, ya que el desarrollo de una unidad nacional o regional sólo puede ser considerado en relación con su inserción histórica en el sistema económico y político mundial, emergente desde la colonización europea (Valenzuela y Valenzuela, 2000).

La relación de interdependencia entre dos o más economías, y entre estas y el comercio mundial, asume la forma de dependencia cuando algunos países (los dominantes) pueden expandirse y ser autosostenibles, mientras los otros (los dependientes) pueden hacer esto sólo como reflejo de tal expansión, la que puede tener tanto un efecto positivo como negativo en su desarrollo inmediato (Santos, 2003). Se trata de un pensamiento influenciado por el materialismo

histórico, que entiende el subdesarrollo como parte del proceso global del desarrollo del capitalismo y que irrumpe como propuesta política al plantear debates acerca de los bloques históricos necesarios para impulsar transformaciones en los países de la región.

El liberacionismo nacional-popular es un pensamiento preocupado por la dominación de las conciencias¹. En el marco de la revalorización de la capacidad de acción de los actores como elemento explicativo del potencial de desarrollo de una sociedad, se fue configurando un amplio espectro de pensamiento en Latinoamérica que, si bien no desconoce el peso de los condicionantes estructurales en las sociedades latinoamericanas, enfatiza el poder transformador de los pueblos y líderes de las sociedades. Un despertar de las conciencias que se da en el nivel de las sensibilidades, el rescate de la militancia y el compromiso político, la búsqueda de la autenticidad, y que entiende la necesidad de mirar no sólo los aspectos económicos de cada sociedad, sino también los aspectos sociales, culturales e históricos (Devés Valdés, 2003: 137).

El desarrollo no es para las personas, sino desde las personas, desde sus acciones, sus ilusiones, sus creaciones, y necesita ser abordado desde la filosofía, la literatura, la religión, la pedagogía, la movilización popular. De ese modo, aparecen indicios que hacen al reconocimiento de una dimensión subjetiva y relacional en los procesos de desarrollo, como una praxis que es social y cultural y sólo secundariamente económica, como expresaba Furtado (1982).

Asimismo, el despertar de la conciencia nacional y popular es un rasgo propio de esta corriente, preocupada por la construcción de hegemonías populares a partir de la tensión oligarquía-pueblo y/o la creación de un sujeto revolucionario. El concepto de hegemonía, como conducción político-cultural, ofrece la posibilidad de constituir sujetos populares y articular una multiplicidad de contradicciones en el marco de las tradiciones democráticas nacional-populares y antiliberales (Laclau, 1985: 35). Por lo tanto, se trata de una fuerza presente en los movimientos sociales y populares históricos y actuales en Latinoamérica.

El pensamiento decolonial, por su parte, es el que provoca una fractura epistemológica con las concepciones dominantes, al introducir la noción de colonialidad como la cara oculta de la modernidad, abriendo un amplio campo de disputa con los modos de

1 La concientización como la concibe Paulo Freire, en el sentido de que el desafío es educar al pueblo para que asuma su situación de opresión y a partir de allí pueda trazar su camino propio de liberación.

conocimiento occidental (Quijano, 2000a; Lander, 2000; Castro Gómez y Grosfoguel, 2007; Mignolo, 2010).

El cuestionamiento comienza con aquello que Quijano (2000a: 12) señala como el mito fundacional de la modernidad: el estado de naturaleza como punto de partida del curso civilizatorio, cuya culminación es la civilización occidental y la naturalización de las diferencias culturales entre grupos humanos por medio de su codificación con la idea de raza. A partir de allí, genera una crítica consistente con el pensamiento moderno que pone en evidencia sus dualidades jerárquicas (europeo-no europeo, civilizado-bárbaro, moderno-tradicional), su idea de totalidad y particularidad y su matriz espacio-tiempo (sociedades orgánicas y tiempo continuo). En la retórica de la modernidad (Mignolo, 2010), subdesarrollado significa atrasado en el tiempo y lejano en el espacio, distante de los centros de civilización, territorios de carencias y, por qué no, de barbarie.

Desde la frontera decolonial, se confronta tanto con las ideas orgánicas y sistémicas de totalidad, como con el atomismo empirista y/o posmoderno, ya que si bien pareciera tratarse de opciones contrapuestas, coinciden en un común linaje eurocéntrico: para ambas posiciones, el paradigma de totalidad es el único pensable, e implica que el todo y las partes corresponden a una misma lógica de existencia (Mignolo, 2010). Pensar de otro modo es introducir desde el principio la cuestión del poder: pensar que una totalidad histórico-social es un campo de relaciones sociales estructurado por la articulación heterogénea y discontinua de diversos ámbitos de existencia social, cada uno de ellos a su vez estructurado con elementos históricamente heterogéneos, discontinuos en el tiempo, conflictivos.

Quijano (2000b), citando a Wallerstein, sostiene que aquello que se desarrolla es un determinado patrón de poder, un patrón de dominación/explotación/conflicto, articulado en torno al eje de la relación salarial, pero que integra todas las otras formas históricamente conocidas de trabajo. De este modo, al introducir el concepto clave de matriz colonial de poder, formula una geopolítica del conocimiento como fundamento de las relaciones de dominación.

La alternativa del Buen Vivir, por su parte, polemiza con las ideas occidentales de bienestar y el antropocentrismo. Implica un cuestionamiento sustancial a las prácticas contemporáneas de desarrollo, en especial su apego al crecimiento económico y su incapacidad para resolver los problemas de la pobreza, sin olvidar que sus acciones desembocan en severos impactos sociales y ambientales (Gudynas, 2011: 2). Apoyado en la cosmovisión de los pueblos indígenas, donde conviven otras espiritualidades y sensibilidades, el Buen Vivir no

puede ser reducido a los bienes materiales, sino que hay otros valores en juego: el conocimiento, el reconocimiento social y cultural, los códigos de conductas éticas e incluso espirituales en la relación con la sociedad y la naturaleza. Otras fuentes de inspiración que pueden encontrarse incluso dentro de la cultura occidental (Gudynas, 2011: 1).

Se cuestiona que la comprensión y resolución de la crisis ambiental pueda basarse en el conocimiento experto y la tecnología, o en la supuesta eficacia del mercado para valorizar y conservar la naturaleza; incluso en la emergencia de una conciencia ecológica planetaria capaz de restaurar a un mundo agredido por los imperativos categóricos de la racionalidad moderna (Leff, 2010).

Se abandona la pretensión del desarrollo como un proceso lineal, de secuencias históricas que deben repetirse. Se defiende otra relación con el entorno, donde se reconoce a la naturaleza como sujeto de derechos y se postulan diversas formas de continuidad relacional con el ambiente. No se economizan las relaciones sociales, ni se reducen todas las cosas a bienes o servicios mercantilizables. Implica cambios profundos en las ideas sobre el desarrollo que están más allá de correcciones o ajustes. No es suficiente intentar “desarrollos alternativos”, ya que estos se mantienen dentro de la misma racionalidad de entender el progreso, el uso de la naturaleza y las relaciones entre los humanos. Lo alternativo sin duda tiene su importancia, pero son necesarios cambios más profundos, construir “alternativas al desarrollo”, como suelen expresar Arturo Escobar o Patricio Carpio.

En todas estas corrientes existe una crítica a los fundamentos modernos y posmodernos del desarrollo, sobre todo al argumento implícito que señalan Dussel et al. (2009), que la cultura dominante otorga a la más atrasada los beneficios de la civilización. Lander (2000: 1) afirma que el neoliberalismo se erige como el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio y no sólo como una teoría económica. Su fuerza se basa en que sintetiza los supuestos y valores básicos de la sociedad liberal moderna en torno al ser humano, la riqueza, la naturaleza, la historia, el progreso, el conocimiento y la buena vida. De este modo, la sociedad liberal industrial se constituye no sólo en el orden social deseable, sino en el único posible, y torna innecesaria la política, en la medida en que ya no hay alternativas posibles a ese modo de vida (Walsh, 2003).

Si la modernidad queda instalada en el presente del tiempo y en el centro del espacio y pasa a ser relato de salvación, emancipación y progreso para los “atrasados” y los “bárbaros”, la idea de desarrollo se convierte en un poderoso instrumento para la normalización del mundo (Escobar, 1995: 84). De este modo, la economía occidental, que es generalmente pensada como un sistema de producción, representa

también un sistema de poder y significación, a través del cual los seres humanos son transformados en sujetos productivos. La economía es, ante todo, una producción cultural, una forma de producir sujetos humanos y órdenes sociales de un determinado tipo (Escobar, 1995: 96).

Si bien la lógica posmoderna ensaya una crítica que rechaza las grandes narrativas sobre la unilinealidad de la historia, entre ellas, la del desarrollo, por considerar que han funcionado como totalidades jerárquicas, sus limitaciones están dadas en que entiende la crítica como deconstrucción, pone énfasis en la fragmentación, en la heterogeneidad y en la pluralidad, renunciando para ello a proyectos colectivos de transformación social y evidenciando también un escepticismo en la política (Santos, 2009).

Es que el relativismo, como ausencia de criterios de jerarquía, torna imposible el sentido de la transformación social. El pensamiento posmoderno acierta en descreer de la teleología de la historia, pero disemina al sujeto y las posibilidades de cambio. Se queda sin filosofía de la historia, dirá Feinmann (2009), ya que considerar que la historia no tenga teleología no significa que no tenga materialidad, que es la base de la explotación humana.

Dussel (2005) contribuye a resolver este dilema con el concepto de transmodernidad, entendiendo por teorías transmodernas todas aquellas que, procedentes del Tercer Mundo, reclaman un lugar propio frente a la modernidad occidental y postulan una geopolítica del conocimiento, de talante crítico, de defensa de los excluidos, convencida de la necesaria incorporación de la voz del otro.

En síntesis, si el pensamiento occidental pone en tensión las interpretaciones mezquinas del desarrollo, incorporando dimensiones y actores al proceso, el quiebre se produce a partir de una lectura política de un *pensamiento otro* cuyos principales rasgos son: un pensar situado, es decir, la búsqueda de respuestas desde la propia realidad latinoamericana con sus contrastes e identidades; la incorporación de la dimensión subjetiva del desarrollo, a través de una opción por las conciencias, un reconocimiento de las sensibilidades y las espiritualidades y no sólo de las racionalidades, como comprensión de un proceso *desde* los hombres y no *para* los hombres; y la articulación heterogénea y discontinua de diferentes ámbitos de existencia social, a través de proyectos políticos de transformación social.

Las matrices de desarrollo

El pensamiento latinoamericano, a través de categorías de análisis como heterogeneidad histórico-estructural, hegemonías nacional-populares, matriz colonial de poder, o bienestares alternativos, introduce una

reinterpretación del desarrollo, lo separa de su acotada referencia económica y lo lleva al más amplio terreno de las relaciones sociales y de poder. Le quita la impronta determinista y unilineal que induce a pensar que, tarde o temprano, todas las sociedades llegarán a estadios superiores de desarrollo, y lo hace contribuyendo a entender ese proceso como una construcción histórico-social de fuerte contenido popular y no un tema de incumbencia exclusiva de élites gobernantes. ¿Qué significa, entonces, hacer desarrollo en el actual contexto latinoamericano?

Considerando estos aportes teóricos y las experiencias en curso, es posible reconocer una disputa epistémica entre dos matrices de pensamiento/acción para el desarrollo²: una de primacía económica, basada en la aceptación y asimilación a los postulados de la modernidad occidental y alimentada históricamente a través de numerosas teorías como la de modernización, el neoliberalismo y el progresismo posmoderno; y la otra de primacía política, apoyada en la crítica a las relaciones desiguales de poder en la región, edificada a partir del estructuralismo periférico, el liberacionismo nacional-popular, la fractura decolonial o el Buen Vivir.

Las matrices no son tipos ideales, no se presentan en estado puro en la realidad, sino mezcladas en conceptos o identificaciones socio-políticas, y expresadas a través de los supuestos que guían la acción de gobiernos y organizaciones. Siempre la praxis presenta diversas tonalidades, y la incorporación de las matrices colabora en el desafío de la región por ofrecer modos de interpretación que, como sostiene Sader (2011), acompañen el proceso de fuertes transformaciones en marcha.

La distinción básica entre la matriz económica y la política se da en relación con el modo como interpretar las relaciones de poder. Ambas reconocen la problemática del poder en las sociedades, pero lo hacen de manera distinta. Una en sus consecuencias no deseadas: cuestiona las inequidades, pero no la lógica interna del funcionamiento del capitalismo. Lo hace apelando a una mayor responsabilidad, a los compromisos y consensos. La otra interpela al poder, cuestiona las bases histórico-estructurales, institucionales y simbólicas sobre las que se erige un modelo de dominación/explotación/conflicto. El punto es que el momento histórico en el que se encuentra la región permite

2 La idea de matrices como aproximaciones respecto de la organización y transformación social encuentra un antecedente en Argumedo (2000: 85), quien las entiende como modos de expresión de concepciones abarcadoras, sistematizaciones teóricas y articulaciones conceptuales que enriquecen los procesos de conocimiento y el desarrollo del sentido común.

optar por uno u otro camino, y ello puede contribuir a expandir o limitar los alcances reales de la política de desarrollo.

La matriz de primacía económica entiende que desarrollarse es generar condiciones de progreso para que la población alcance un ideal deseado de sociedad que no se cuestiona en sus fundamentos, que es tendencialmente homogénea, que está basada en un modelo civilizatorio único, globalizado. Representa una noción mistificada del desarrollo: las sociedades evolucionan en un proceso de remoción de obstáculos o de adquisición de atributos modernos, o se revolucionan acelerando tiempos en una lógica inmanente del proceso histórico. La

***La perspectiva de desprendimiento
se preocupa por recentrar al sujeto
personal y popular, recuperarlo,
colocarlo nuevamente en la historia.***

modernidad es el punto de llegada del desarrollo (llegar a ser modernos), por lo cual el dilema es principalmente metodológico, de cómo recorrer ese camino, y no necesariamente político, de opciones diferentes o contrarias de sociedad.

Subdesarrollo es *carencia de algo*, en función de un patrón prefijado como modelo, el de los países llamados desarrollados. El sentido de la planificación y la gestión es proveer lo que falta, y los protagonistas del proceso son sujetos de plenos derechos ciudadanos y capacidades institucionales: son (en las diferentes versiones) las burguesías industrializantes, las elites modernizadoras, los partidos políticos, las clases medias, etcétera.

Plantear la prioridad económica implica considerar al mercado como el campo de juego privilegiado donde se dirimen las relaciones sociales y se reparten beneficios en función de habilidades, posibilidades y riesgos asumidos. Se habla de mercado laboral y de recursos humanos, de hombres y mujeres vistos a partir de su funcionalidad en el sistema económico. Se piensa en función de procesos lógicos modernos para analizar la realidad latinoamericana en función de cercanía o desviaciones de esos procesos. Por ejemplo, esto ocurre con los sistemas económicos latinoamericanos, considerados como precapitalismo, semicapitalismo o capitalismo periférico, ya que

no logran ser de capitalismo pleno, entre otros factores, por contener estructuras productivas precarias, o poco diversificadas o con déficit competitivos. Lo mismo ocurre con el concepto de democracia, que al ser reexaminado en la historia y la geografía de América Latina da lugar a modalidades específicas y desviaciones respecto de sus formatos clásicos como populismo, burocratismo, autoritarismo, clientelismo, personalismo, caudillismo, etcétera (Di Filippo, 2007: 127).

Esta matriz considera que la sociedad está constituida por ciudadanos libres e iguales y que la lucha social es para garantizar paulatinamente tales derechos al conjunto social. La organización social es predominantemente armónica, los hombres, al ser racionales, son capaces de fijar un contrato social de convivencia y superación que permita evolucionar de una cultura tradicional a una secular. Tal evolución de las sociedades se da predominantemente (aunque no exclusivamente) sobre la base de continuidades, de cambio pautado, de negociaciones y consensos sociales, en una interpretación agregativa de la sociedad, donde la sociedad es el resultado de la sumatoria de partes (individuos) que convergen con base en elecciones racionales. Las relaciones sociales son entendidas prioritariamente como diálogo o convivencia multicultural, aunque en un sentido de convergencia civilizatoria.

La concepción de primacía política, al contrario, cuestiona la mirada económica porque anula las particularidades de cada sociedad espacial y temporalmente situada, en pos de un ideal universal de sociedad. Descree de la línea de progreso de lo atrasado a lo moderno y entiende que las razones de la diferenciación social son históricas e implican una relación de dominación y sometimiento de unos a otros. La sociedad está constituida sobre la base de relaciones desiguales de poder y la lucha política es por imponer un interés particular sobre el conjunto social. La organización social es predominantemente tensiounada, porque los hombres son seres interesados y la evolución de las sociedades se da fundamentalmente sobre la base de conflictos, rupturas, triunfos y derrotas sociales.

Cuestiona las ideas de homogeneidad, evolución y racionalidad propias de la modernidad. La explotación económico-social es considerada como constitutiva de las relaciones sociales (al menos en los últimos 500 años de historia americana), por ende sólo modificada a través de la disputa entre proyectos diferentes (incluso antagónicos) de sociedad, que pongan en cuestión las bases de poder social. Ofrece una edificación teórica a partir de la explotación humana que el capitalismo (en su versión colonialista, globalizadora y/o imperialista) ha generado históricamente. Del par modernidad/colonialidad, se apoya en la colonialidad, y en la necesidad de su “des-cubrimiento”. Del

contexto espacio-temporal, el espacio es visto como lugar de identidad, de vida, de conciencia, y el tiempo es revalorizado como explicación de rasgos de dominación presentes desde la conquista y la colonización. Su concepción del desarrollo es fracturista, ya que refiere a un desprendimiento y una apertura de la matriz colonial de poder (Mignolo, 2010).

Piensa en términos de heterogeneidad estructural de las sociedades y en un sujeto fracturado (no pleno), que son los pueblos originarios, los “condenados”, los movimientos sociales, los trabajadores, los “otros”. Y si se postula la expansión de las subjetividades, de los niveles de concientización de personas y grupos, es porque pone en el centro del desarrollo a los sujetos, no a las estructuras. Piensa en términos de diversidad de mundos, de pluri-verso de identidades (locales, regionales, nacionales) con temporalidades, subjetividades y producciones alternativas. Necesariamente cuestiona los pilares sobre los que se asienta el sistema global y el condicionamiento que provoca en las sociedades nacionales y locales. Comprende que una geopolítica del hacer y del conocer ha colocado a los territorios denominados subdesarrollados en un lugar de inferioridad.

De este modo, cotejan en el imaginario regional dos visiones polares: una idea territorial dominante, basada en la convergencia global, propia de la matriz económica, donde cada país recibe tendencias modernizadoras universales; contra una idea territorial desde las fronteras, donde cada lugar busca su mejor opción, a partir de “des-ocultar” las lógicas de poder imperantes. En el primer caso, el desarrollo es un proceso de alcance global, de aproximación arriba-abajo (*top-down*), y de adquisición de rasgos modernos por parte de los territorios que se encuentran atrasados respecto de los países más avanzados. En el segundo caso, el desarrollo es un proceso donde los lugares sometidos (y no territorios atrasados) por una lógica global imperante despliegan proyectos locales de “desprendimiento y apertura”, autónomos aunque potencialmente vinculables en un proyecto con pretensión totalizadora, como por ejemplo la unidad latinoamericana.

La polémica puesta en términos de primacía económica o primacía política cambia los ejes de la discusión: el problema básico no es de desarrollo o subdesarrollo, o de sociedad tradicional-sociedad moderna, porque esa es la cuestión propia del evolucionismo moderno y de modelos idealizados y predefinidos de sociedad. Tampoco es de capitalismo-precapitalismo, ya que implica una idea de superación histórica del capitalismo sobre otras formas de organización económico-social. De ninguna manera resultará suficiente la polémica contra el conservadurismo-liberalismo (y sus correspondientes “neos”), como proponen postulados progresistas, si la alternativa de progreso

se basa únicamente en el crecimiento económico y el funcionamiento institucional, sin poner en cuestionamiento las bases de poder que sustentan la sociedad.

Lo que existe es una disputa por lo que se pretende obtener a través del desarrollo, de entender que todos los escenarios de relaciones sociales (económico-laborales, institucional-legales, cultural-simbólicas) son campos de fuerza donde se manifiestan las relaciones de poder, y campos de lucha entre proyectos políticos que buscan mantener o modificar las bases materiales, los pilares jurídicos y las representaciones simbólicas que conservan un estado de cosas. O se hace centro en la economía como esfera social predominante o se hace centro en la sociedad toda, donde la praxis política enhebra los diferentes procesos que constituyen la realidad social. Si es la economía, la preocupación central es de política de acumulación: cómo expandir las capacidades productivas de una sociedad, como la llave para que esta sociedad se desarrolle. Si es la sociedad, la preocupación central es de política hegemónica: cómo construir una dirección político-cultural que conduzca un proceso de transformación social integral.

Prácticas de asimilación y de desprendimiento

¿Cómo se expresa en la realidad regional esa tensión entre concepciones del desarrollo? ¿Se anulan, se complementan? Las acciones surgidas a partir de cada matriz ofrecen caminos diferentes, generalmente contradictorios. Sin embargo, es posible percibir que en el actual contexto latinoamericano se combinan estrategias de asimilación al sistema global (propias de una matriz económica) con estrategias de desprendimiento (propias de la matriz política): la acumulación nos permite crecer económicamente y salir del atraso; la hegemonía, modificar relaciones desiguales de poder. La posibilidad que existan espacios de complementación es relativa, puntual, coyuntural, y los puntos de convergencia o fricción tendrán que ser motivo de análisis pormenorizado en cada caso, como dilemas de la acción en la política de desarrollo.

En ambos casos, se parte de una diferenciación con las políticas monetaristas, desreguladoras, privatizadoras y de precarización laboral y social dominantes en la década del noventa. Y este es un punto de coincidencia fundamental. No obstante ello, el desafío de la época es ir más allá de la crítica al neoliberalismo, de pensar los alcances de las opciones de desarrollo ofrecidas desde campos democráticos, tanto progresistas como nacional-populares.

Por ejemplo, la práctica neodesarrollista de industrialización sustitutiva presente en varias estrategias nacionales considera necesario agregar valor a nuestros productos para aumentar

competitividad, diversificar entramados productivos, generar empleo genuino y formal, y aumentar las infraestructuras productivas y sociales. Priorizar lógicas sistémicas reflejadas en tasas de actividad, de ahorro, de superávit fiscal, como requisitos indispensables de una plataforma que impulse el crecimiento y la integración. Asimismo, se pretende complementar funcionalmente cada economía nacional con los países de la región en energía, alimentos, equipamientos, sistemas tecnológicos y financieros que estén al alcance de nuestras capacidades productivas y regulatorias. Todas ellas son medidas que responden a una perspectiva de asimilación al sistema capitalista global, aunque hecha desde una concepción particular, desde la realidad regional, proponiendo una forma propia de entender el crecimiento económico, con un rol activo de un Estado promotor, regulador, protagonista; con el convencimiento de que defender la democracia política requiere cuestionar la falta de democracia económica. Su límite está dado en que no necesariamente afecta mecanismos de acumulación y concentración propios de la historia y la realidad regional.

Por su parte, la perspectiva de desprendimiento se preocupa por recentrar al sujeto personal y popular, recuperarlo, colocarlo nuevamente en la historia. Poner el eje en las personas y las comunidades es preguntarse por las condiciones laborales y de vida de esos trabajadores, concebir la relación capital-trabajo a través de las múltiples formas que adquiere la región, que no es sólo salarial, sino fuertemente informal, ocasional, incluso esclava en ciertos segmentos y territorios del continente. Preocuparse por la distribución de bienes materiales, sociales y políticos, por la expansión de capacidades creativas, cognitivas y relacionales. Para ello, los Estados centrales, regionales y locales son actores clave, como garantes de la protección social, como promotores de igualdad, como responsables de la ampliación de derechos ciudadanos.

Esta perspectiva ofrece un horizonte diferente, una respuesta distinta, aunque por el momento ocasional, en casos puntuales. Sectores sociales, comunidades territoriales y, en determinadas circunstancias, los gobiernos se esfuerzan en este sentido, demostrando que la praxis del desarrollo no puede estar sólo regida por criterios cuantitativos sino también por impulsos por reconstituir lazos sociales, reinstalar valores, recuperar lo público y por no omitir los procesos destructivos del ambiente, que hacen aparecer como acumulación de riqueza lo que en realidad es, en términos de Lander (2011), un proceso sistemático de empobrecimiento colectivo, a partir de la destrucción de condiciones naturales de vida.

Por ejemplo, la política social y de empleo en Argentina durante el período 2003-2010 contribuyó a combatir la sociedad marginal

y los sujetos olvidados y ofendidos por el neoliberalismo a través de una doble vía: por un lado, incorporando personas mediante programas de inclusión, de ingresos, de empleo registrado, de capacitación en oficios. Por otro lado, recuperando y promoviendo niveles de conciencia organizativa y protagonismo social, recreando sujetos a través de los programas de empresas recuperadas y de cooperativas de trabajo, que representan una búsqueda por un funcionamiento social basado en otros principios; o mediante el paso del Programa Jefes y Jefas de Hogar Desocupados a la Asignación Universal por Hijo, que implica ir más allá de los circuitos de asistencia para poner en vigencia derechos de ciudadanía social básica. Se cambian los términos de la tarea, la transformación social no es sólo estructural, tangible, estadística, sino también intangible, subjetiva y cultural.

Una lectura política del proceso de desarrollo, que promueva un espíritu crítico y un comportamiento propositivo fundado en la propia realidad regional, implica una serie de supuestos. Primero, comprender que el neoliberalismo y/o el conservadurismo representan, como ya fue expresado, el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio y no sólo una teoría económica, por lo que su cuestionamiento tiene que dirigirse hacia sus fundamentos históricos-culturales e institucionales, y no sólo a sus manifestaciones de política económica. Segundo, adoptar una idea de cambio social que no es producto de un proceso inmanente a las sociedades sino consecuencia de disputas sociales. Reconocer, como expresa Quijano, que lo que se desarrolla es una determinada matriz de poder, que funciona con lógica global. Tercero, *correr el velo* de la colonialidad del hacer, del ser y del saber, como sostiene Mignolo (2010: 65), que nos coloca y nos ha colocado a los latinoamericanos en el lugar de atrasados, no sólo en términos económicos, sino también espirituales y epistémicos. Reconocer que el problema regional es de heterogeneidad histórico-estructural y no de atraso en relación con supuestos parámetros universales de desarrollo, como lo enunció con claridad la teoría de la dependencia. Cuarto, romper con miradas abstractas respecto de la articulación entre actores, basadas en la racionalidad agregativa o en declamados consensos apolíticos. La posibilidad de cambio es siempre desde la reconstrucción y protagonismo de un sujeto histórico que no es un ciudadano de plenos derechos efectivos, sino hombres y mujeres situados en su realidad de carencias, fracturados por la dominación, pero creativos en su impronta transformadora. Personas de múltiples inserciones, movilizadas en diferentes “campos de lucha” a los que la política tiene que integrar en proyectos democráticos e inclusivos de base nacional-popular. Por último, reconocer que la praxis de desprendimiento puede ser tanto

regional (UNASUR), nacional (Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia), como local (Proyecto Esperanza-cooperanza de Santa María, Brasil), ampliando notablemente el horizonte de expectativas a partir de canalizar las energías propias de cada lugar.

CyE
Año IV
Nº 7
Primer
Semestre
2012

Consideraciones finales

El pensamiento crítico y de fronteras latinoamericano, en la diferencia de planteos entre escuelas y autores pero en la coincidencia de una lectura comprometida con la situación regional, resulta fundamental en la disputa epistemológica sobre el sentido del desarrollo. Disputa que se libra contra el pensamiento único (que no es sólo liberal, sino occidental), porque es un ideario de convergencia civilizatoria; que considera al desarrollo como un concepto heredero de la tradición moderna de progreso, que se explica primordialmente desde el crecimiento económico capitalista y que entiende que los contenidos sociales de ese proceso (como la distribución y la equidad social) devienen del buen desempeño económico de las sociedades. De ese reduccionismo economicista derivan recetas monetaristas y de otra índole, que permiten que las sociedades superen los obstáculos que obstruyen su evolución ascendente y logren estándares económicos, sociales e institucionales reconocidos en sociedades avanzadas. De este modo, el desarrollo es una posibilidad de superación al alcance de todas las sociedades (la ilusión del progreso apolítico) y los caminos para alcanzarlo pueden diferir, pero dentro de los parámetros de aceptación de un modelo de civilización universal.

Por el contrario, América Latina ofrece una interpretación propia, abierta, en permanente superación acerca del desarrollo. Una perspectiva situada, pensada desde la realidad regional y una perspectiva amplia, que evita reducir el desafío transformador a una sola dimensión de lo real. Cuestiona que el desarrollo esté pensado en el que debería ser su punto de llegada (sustentable, humano) y no desde su punto de partida: el sujeto y la praxis humana, las relaciones sociales, las representaciones, los acuerdos y las disputas. Entiende que revertir esa perspectiva sólo es posible desde la política, por ser la instancia que se preocupa por el tipo de vinculación entre campos sociales y ser la praxis que interroga al poder. De esta manera, permite recuperar la fuerza simbólica y práctica de un concepto que mantiene vitalidad y alta valoración en el imaginario social de nuestros pueblos.

Los cambios que se están operando en la región son prácticos, pero también teóricos. Hoy se debaten alternativas al neoliberalismo globalizante y dominante a través de acciones que abonan tanto la asimilación como el desprendimiento. Son dos construcciones

diferentes de sociedad. Por un lado, el desarrollo como tema de materialidades, de estructuras, de dinámicas productivas, de competitividad territorial, de tasas de actividad y empleo, en un horizonte de transformaciones progresista, porque el progreso es el sentido que ordena la dinámica de desarrollo. Por el otro, como tema de subjetividades, de conciencia, de derechos y garantías, de ampliación de las libertades y las igualdades, de tensiones y conflictos, de injusticias, en un horizonte de transformaciones liberacionista, porque la liberación (material, espiritual, epistémica y comunitaria) es el fundamento que engloba las aspiraciones particulares y colectivas de bienestar. En un caso, se considera posible el desarrollo con corrección de fallas históricas. En el otro, se buscan “alternativas al desarrollo”. Por el momento, se mezclan en la praxis; gobiernos de base popular y movimientos sociales mantienen la tensión entre ambas posturas.

Las preguntas que surgen respecto de la vigencia o no del concepto de desarrollo en el actual momento histórico que atraviesa la región son políticas, no económicas. Si no se refuerza esta interpretación será difícil, cuando no imposible, mantener y profundizar las transformaciones en marcha. Los países latinoamericanos avanzarán en estadísticas que traducen en algunos casos notables logros económicos, pero encontrarán mayores dificultades para enfrentar situaciones históricas y presentes de explotación humana, de insostenibilidad social y ambiental en modelos productivos, de atropello institucional por parte de sectores corporativos, de desprecio y ofensa cultural hacia aquellos que siguen envueltos en situaciones de marginación.

El quiebre político es necesario para reconocer que el desarrollo también, y fundamentalmente, es acción reparadora; es conciencia colectiva recreada a partir de prácticas de organización y movilización popular que interrogan permanentemente las fuerzas concentradas y excluyentes; es consolidar Estados protagónicos que traduzcan energías sociales en realidades efectivas; y es construir proyectos colectivos que, en el contexto de las contradicciones sociales, corran los límites de lo posible y lo imaginable.

Bibliografía

- Argumedo, Alcira 2000 *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre pensamiento nacional y popular* (Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional).
- Carpio Benalcázar, Patricio 2010 “El buen vivir, más allá del desarrollo: la nueva perspectiva constitucional en Ecuador”, Quito, mimeo.
- Castro Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (comps.) 2007 *El giro decolonial, reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*

- (Bogotá: Siglo del Hombre/Universidad Central/Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos/Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar).
- Devés Valdés, Eduardo 2003 *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Buenos Aires: Biblos) Tomo II.
- Di Filippo, Armando 2007 "La Escuela Latinoamericana del Desarrollo" en *Cinta de Moebio* (Santiago de Chile) N° 29. En <www.moebio.uchile.cl/29/difilippo.html>.
- Dussel, Enrique 2005 *Transmodernidad e interculturalidad. Interpretación desde la Filosofía de la Liberación* (México DF: UAM-Iz).
- Dussel, Enrique 2006 *Filosofía de la cultura y la liberación* (México DF: Universidad Autónoma de la Ciudad de México).
- Dussel, Enrique 2007 *Materiales para una política de la liberación* (México DF: UANL).
- Dussel, Enrique; Mendieta, Eduardo y Bohórquez, Carmen (eds.) 2009 *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "Latino" (1300-2000). Historias, corrientes, temas y filósofos* (México DF: CREFAL/Siglo XXI).
- Escobar, Arturo 1995 *Encountering development. The making and unmaking of the Third World* (Princeton: Princeton University Press).
- Escobar, Arturo 2003 *Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano* (Chapel Hill/ Bogotá: Universidad de Carolina del Norte/Instituto Colombiano de Antropología e Historia).
- Escobar, Arturo 2005 "El 'postdesarrollo' como concepto y práctica social" en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Espiñeira González, Keina Raquel 2009 "El centro y la periferia. Una reconceptualización desde el pensamiento descolonial", Panel V. Colonialidad del poder: capitalismo, democracia y sociedad, III Training Seminar de Jóvenes Investigadores en Dinámicas Interculturales, Barcelona, 3-4 de diciembre.
- Feinmann, José Pablo 2009 *La filosofía y el barro de la historia* (Buenos Aires: Planeta).
- Furtado, Celso 1982 *A nova dependencia* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- Grüner, Eduardo 2010 *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución* (Buenos Aires: Edhasa).
- Gudynas, Eduardo 2011 "Buen Vivir. Germinando alternativas al desarrollo" en *América Latina en Movimiento* (Quito) Año XXXV, febrero.
- Kliksberg, Bernardo 2006 *Más ética, más desarrollo* (Buenos Aires: Temas).
- Laclau, Ernesto 1985 "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política" en Labastida, Julio y Del Campo, Martín (comps.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* (México DF: Siglo XXI/UNAM).
- Lander, Edgardo (comp.) 2000 *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Lander, Edgardo 2011 "Crisis civilizatoria, el tiempo se agota" en <www.fedaeps.org>.
- Leff, Enrique 2010 "Imaginario social y sustentabilidad" en *Seminario Permanente de Cultura y Representaciones Sociales*, N° 9, setiembre. En <www.culturays.com/?q=node/77>.
- Madoery, Oscar 2008 *Otro desarrollo. El cambio desde las ciudades y regiones* (Buenos Aires: UNSAMedita).

CyE
Año IV
Nº 7
Primer
Semestre
2012

- Max-Neef, Manfred; Elizalde, Antonio y Hopenhayn, Martín 1986 “Desarrollo a escala humana” en *Development Dialogue* (Uppsala: Fundación Dag Hammarskjöld) número especial.
- Mignolo, Walter 1996 “Espacios geográficos y localizaciones epistemológicas: La ratio entre la localización geográfica y la subalternización de conocimientos” en <<http://www.javeriana.edu.co/pensar/Rev34.html>>.
- Mignolo, Walter 2005 “Cambiendo las éticas y las políticas del conocimiento: la lógica de la colonialidad y la postcolonialidad imperial”, Conferencia Inaugural del Programa de Estudios Postcoloniales, Centro de Estudios Avanzados, Universidad de Coímbra, 14 de enero.
- Mignolo, Walter 2010 *Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad* (Buenos Aires: Ediciones del Signo).
- Montañez Gómez, Gustavo y Delgado Mahecha, Ovidio 1998 “Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional” en *Cuadernos de Geografía* (Bogotá: Departamento de Geografía de la Universidad Nacional de Colombia) Vol. VII, Nº 1-2).
- Quijano, Aníbal 2000a “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en Lander, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Quijano, Aníbal 2000b “El fantasma del desarrollo en América Latina” en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas) Vol. 6, Nº 2, mayo-agosto.
- Quijano, Aníbal 2007 “Colonialidad del poder y clasificación social” en Castro-Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (comps.) *El giro decolonial, reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (Bogotá: Siglo del Hombre/Universidad Central/Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos/Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar).
- Sader, Emir 2006 “Hegemonía y contrahegemonía para otro mundo posible”, Biblioteca Virtual Universal. En <www.biblioteca.org.ar/libros/130769.pdf>.
- Sader, Emir 2011 “Conferencia inaugural de la Cátedra de Pensamiento Político Latinoamericano (dirigida por Horacio González)”, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 15 de setiembre.
- Santos, Boaventura de Sousa 2009 *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social* (Buenos Aires: Siglo XXI/CLACSO).
- Santos, Theotonio Dos 2003 *La Teoría de la Dependencia* (Buenos Aires: Plaza y Janés).
- Tomassini, Luciano 2000 “El giro cultural de nuestro tiempo” en Kliksberg, Bernardo y Tomassini, Luciano *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo* (Buenos Aires: Banco Interamericano de Desarrollo/Fondo de Cultura Económica).
- Valenzuela, J. Samuel y Valenzuela, Arturo 2000 “Modernization and dependency: alternative perspective in the study of Latin American underdevelopment” en Seligson, Mitchell y Passé-Smith, John T. (eds.) *Development and underdevelopment. The political economy of global inequality* (Boulder: Lynne Rienner).
- Wallerstein, Immanuel 2004 “¿Y qué vendrá después del desarrollismo y la globalización?”, Discurso de apertura, Conferencia Desafíos del desarrollo para el siglo XXI, Cornell University, 1 de octubre.

- Wallerstein, Immanuel (coord.) 2006 *Abrir las Ciencias Sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales* (México DF: Siglo XXI).
- Walsh, Catherine 2003 “Las geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Entrevista a Walter Mignolo” en *Polis* (Universidad Bolivariana de Chile) Vol. 1, Nº 4.

CyE
Año IV
Nº 7
Primer
Semestre
2012